Nuestra vivencia

Familia

Familia adoptiva desde 2007

Origen del hijo, Ucrania.

Somos una familia de cuatro personas, el último en llegar fue Andrei que vino de Ucrania hace dieciocho años. Queremos compartir algunas vivencias de aquellos primeros días en los que nos encontramos por primera vez con él, y de cómo vivimos el proceso de adopción en el país hasta la vuelta a casa.

Estamos en el año 2007, es el día 13 de agosto y volamos con nuestra hijita de cuatro años desde Bilbao hacia Ucrania. Llevamos una invitación para visitar el Centro de Adopción de Kiev dentro de dos días. Vamos a conocer a nuestro futuro hijo o hija. Lo hemos imaginado tantas veces… y ahora, por fin, le podremos poner cara, nombre, voz. Vamos llenos de ilusión, de nervios, de preocupación. Todo estuvo a punto de terminar ese mismo día en el aeropuerto de Kiev. Nadie nos esperaba, nadie vino a buscarnos. No sabíamos qué hacer, estábamos perdidos, solo teníamos el nombre de nuestro facilitador y un número de teléfono al que llamábamos y no entendíamos el idioma; sin duda, había una confusión y si nadie nos ayudaba tendríamos que volver a casa con las manos vacías. Pero, por suerte, un ciudadano ucraniano que había vivido en Santander consiguió comunicarse con nuestro facilitador y gracias a su ayuda pudimos seguir adelante.

A veces estábamos confusos, otras veces desmoralizados y con ganas de tirar la toalla, pues no llegaba el día de la asignación del que tenía que ser nuestro hijo

Durante nuestra estancia en el país, que duró casi dos meses, nos ocurrieron cosas increíbles, surrealistas.

Nos acompañaban el facilitador que teníamos contratado desde España y una chica intérprete; se ocupaban de nuestras necesidades y nos acompañaban en las gestiones. Hablaban muchísimo entre ellos, pero a nosotros nos lo resumían todo en una frase, era muy curioso… A veces estábamos confusos, otras veces desmoralizados y con ganas de tirar la toalla, pues no llegaba el día de la asignación del que tenía que ser nuestro hijo.



Pero a la vez, nos conquistó la ciudad, Kiev. Vivíamos en el centro. Entonces estaba llena de vida, de gente, de música, de naturaleza… Nos cautivó y eso nos ayudó a continuar con el proceso de adopción que fue largo y dificultoso. Todos los días escribía un pequeño resumen de lo más importante que había ocurrido. Nos gustaría compartir algunos retazos de aquellos textos para recordar aquellos días en los que nos hablaron por primera vez de nuestro hijo, contar cómo lo conocimos y rescatar recuerdos de aquellos primeros días que pasamos juntos en Ucrania.

Hace casi un mes que llegamos a Ucrania, y solo hemos conseguido una cita en el Centro de Adopción. En esa cita nos dicen que solo hay niños con enfermedades graves y que es mejor esperar; pero ya han pasado más de tres semanas y no nos citan; el tiempo se nos acaba.

Estamos en la agencia de viajes para comprar los billetes de vuelta a casa y en el último momento suena el teléfono de nuestra intérprete. Nos dicen que no abandonemos el país, que tenemos una cita para dentro de dos días y que nos han asignado a un niño sano. Casualidad o no, decidimos quedarnos.

Es el día 11 de septiembre de 2007, y hoy, por fin, hemos visto por primera vez la carita de Andrei. Es solo la foto de su ficha. Nos han

citado en el Centro de Adopción. Tras una larga espera, nos recibe la psicóloga, quien nos habla de él; tiene 18 meses, nos dice que es una gran suerte que nos lo hayan asignado. Vive al este de Ucrania, en la región de Donetsk. Mañana cogeremos un tren que nos llevará hasta allí.

Pasamos toda la noche en el tren y de madrugada llegamos a Makiyivka: es el pueblo donde está el orfanato. Nos llevan al ayuntamiento para preparar todos los trámites necesarios, pasamos allí toda la mañana y después nos llevan a la Casa Cuna donde vive Andrei.

Esta es la Ucrania profunda, nada que ver con Kiev. Las casas, la gente, los pueblos, todo es diferente, más viejo, más sucio, más descuidado. La Casa Cuna está en las afueras, en el campo. Tiene mucha zona verde, está lleno de árboles, hay parque para los niños, nos gusta. Nos recibe el director, nos da la bienvenida y las gracias por querer adoptar a Andrei y ofrecerle un futuro mejor. Aparece Andrei de la mano de una cuidadora. Es un niño hermoso, grande, pelo corto, rubio... Corretea sin cesar, le ofrecemos los brazos, va de uno a otro sin parar, es un terremoto, interactuamos con él, estamos embobados mirándolo, y mientras tanto nuestra intérprete y el director hablan y hablan...



Los días siguientes son muy ajetreados; revisión en el hospital, trámites, informes... Nos autorizan a visitarlo todos los días. Estar con él es un circo: se lanza a por los peluches de nuestra hija, saca una y mil veces todo lo que tengo en el bolso, le llevamos merienda, coge el plátano y se mete un gran trozo en la boca, se está atragantando, pero no hay forma de que lo suelte, no mastica, lo traga todo rápidamente. Todos los días son así: se alegra mucho cuando nos ve, va derecho a la mochila donde sabe que hay comida. No quiere besos ni abrazos, solo comida. Siento pena por nuestra hija,

que está en la alfombra haciendo tonterías para llamar su atención, pero Andrei no hace caso a nadie, solo quiere comer. Nos dicen que es normal ese comportamiento; aunque estén bien alimentados, sienten una gran obsesión por la comida.

Van pasando los días, estamos a la espera de que se celebre el juicio que nos dará la plena adopción. Por fin nos citan el día 21 de septiembre, estamos bastante nerviosos. El juzgado es un edificio viejo de cemento, oscuro, frío. Se celebra el juicio, el juez nos hace preguntas personales sobre nuestra forma de vida, si tenemos trabajo, seguro médico, vivienda, etc. Todo le parece correcto y nos concede la adopción y la autorización para salir con él del país, ya como nuestro hijo. Después tenemos que esperar otros 10 días para que se haga firme la sentencia. Si durante este tiempo algún familiar reclama a Andrei, no podríamos adoptarlo.

Seguimos visitando a Andrei, quien se pone muy contento cuando llegamos; ya no tiene tanta ansia con la comida y juega mucho con nosotros, le encanta el columpio, corre, se cae, no llora. Le hemos comprado ropa, le encantan los zapatos, no hay manera de quitárselos.

Pasan los días y ya se ha hecho firme la sentencia, no ha habido reclamaciones. Nos preparamos para volver a Kiev, todo el personal del centro ha salido a despedirnos, han formado un círculo y Andrei va pasando de los brazos de una a otra, que lo abrazan y besan. Hay una cuidadora que lo retiene y está llorando, todo es muy emotivo y muy triste a la vez. Se me ha puesto un nudo en la garganta, siento que se lo estamos arrebatando. Hay que darse prisa, tenemos que coger el tren.

El viaje en tren duró toda la noche y fue muy angustioso. Andrei nunca había visto un tren, ni tantas luces, ni tantos edificios; estaba muy asustado, lloraba y hablaba lo poco que sabía. Nuestra intérprete trataba de calmarlo, pero no siempre lo conseguía. Fue una noche muy-muy larga, y por primera

vez tomamos conciencia de que esa criaturita indefensa estaba ya solo en nuestras manos, que éramos unos auténticos desconocidos para él y él para nosotros, y que venía sin libro de instrucciones.

En Kiev nos quedaba más papeleo y teníamos que comprar los billetes del primer avión que nos llevara a casa. ¡Qué ganas de encontrarnos con la familia!

Y por fin el 10 de octubre volvimos a casa. Qué angustia en el aeropuerto. Nos retuvieron antes de subir al avión. Andrei viajaba con pasaporte ucraniano y, aunque teníamos la sentencia de adopción, tenían que comprobarlo; se llevaron toda nuestra documentación, no entendíamos nada y ya no teníamos intérprete. El tiempo que nos tuvieron esperando se nos hizo interminable, el avión estaba a punto de salir… En el último minuto nos devolvieron la documentación y nos dejaron pasar.

En general, todos nos adaptamos bastante bien, fue un torrente de energía en nuestra vida

¡Qué nivel de adrenalina! Cuando el avión hizo escala en Milán y escuchamos hablar italiano, nos sonó a música celestial. No estábamos en casa, pero ya desaparecieron todos los nervios y los miedos que teníamos acumulados. Y cuando llegamos a Bilbao y nos encontramos con la familia que vino a buscarnos, fue increíble; hablando y abrazándonos sin parar, los niños de achuchón en achuchón, no estaban ni asustados ni cansados, todo eran risas y besos. Parecía que hubieran pasado años desde la última vez que nos vimos.

Y ya en casa, ¡cómo se agradece la ayuda y el apoyo de la familia!

La crianza en los primeros años no fue difícil. Al principio, las noches eran duras, Andrei no quería quedarse dormido y había que mecerlo durante horas y horas, hasta el agotamiento. Pero por el día era inagotable, muy alegre, muy simpático, encandilaba a todo el mundo con su gracia. Quizá su hermana lo pasó peor, pues muchas veces, y para alguna gente, el encanto de él la hacía invisible a ella, que siempre estaba a su lado.

En general, todos nos adaptamos bastante bien, fue un torrente de energía en nuestra vida. Durante un tiempo hubo mucha luz y pocas sombras en nuestro hogar, pero según pasaban los años, aparecieron problemas de comportamiento, pequeñas y grandes dificultades a las que hubo que hacer frente, y, por último, la adolescencia, que lo alteró todo.

En varias ocasiones buscamos y tuvimos apoyo en la asociación Ume Alaia: sesiones formativas, charlas, psicólogos… Fueron y siguen siendo de mucha utilidad.

Es difícil, pero seguimos unidos en este camino que aún nos queda por recorrer, poniendo humor, esfuerzo y, siempre, mucho amor.

Muchas gracias por todo vuestro apoyo.